

MARTÍN DE RIQUER: *IN MEMORIAM*

TOMO C · CUADERNO CCCXXI · ENERO-JUNIO DE 2020

DON Martín de Riquer figuraba en los *Anuarios* como Conde de Casa Dávalos, en realidad era Marqués y grande de España. El caso de Riquer entra en la categoría de figura «descomunal», «fuera de lo común», como a él le gustaba anotar en el texto cervantino.

En los registros informáticos de nuestra Biblioteca existen 212 entradas en la bibliografía del profesor Riquer y en la bibliografía recogida por Leonor Vela suman 342¹.

La familia de los Riquer está documentada desde el año 1429. Nuestro académico escribió esta historia en una obra apasionada y apasionante: *Quinze generacions...* (77 cajas de documentación). Ocupaba el sillón H, fue elegido en el año 1964 e ingresó en el 1965 con un discurso titulado *La vida caballeresca en la España del siglo XV*. Riquer había nacido en el año 1914, fue protagonista de una vida magnífica narrada por Cristina Gatell y por Glòria Soler, obra que consiguió el Premio Gaziol de Biografías y Memorias del año 2007, publicada en el año 2008 en un grueso volumen (603 páginas) con el título *Martín de Riquer Vivir la Literatura / Martí de Riquer Viure la Literatura*. Quiero insistir en la necesidad de la lectura de esta obra porque es el

¹ Vela, Leonor, «Bibliografía de Martín de Riquer», *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, Barcelona, 1991, Quaderns Crema, IV, 733-759.

Diccionari biogràfic de l' Acadèmia de Bones Lletres, Reial Acadèmia de Bones Lletres, Fundació Noguera, Barcelona, 2012.

Lola Badia, Lluís Cabré i Sílvia Coll-Vinent, «Publicacions de Martí de Riquer (1931-1936)», en *Martí de Riquer i els valors clàssics de les lletres. Vocació literaria i filologia, en el centenari del seu naixement*, Barcelona, Editorial Barcino, Generalitat de Catalunya - Institució de les Lletres Catalanes, 2014, 71-136.

Isabel de Riquer, «Epistolario de Martín de Riquer con María Rosa Lida de Malkiel y con Yakov Malkiel», *BILRAE*, 19, 110-172.

resultado de manejar sin restricciones durante más de cinco años la documentación del archivo de la familia Riquer y de las abundantes conversaciones con él y con muchas personas que aparecen en sus páginas.

Tuvo Riquer una juventud apasionada, estudió comercio por moda y por circunstancias familiares. Su única aventura comercial fue un fracaso rotundo: se asoció con un inventor ruso para poner un negocio de venta de un aparato para espantar las moscas de los hospitales.

Su verdadera vocación era el mundo literario; muy joven se sintió deslumbrado por la prosa de *Lo somni*; en el Colegio de los Jesuitas dirigió su revista (*Juventus*). Allí publicó artículos de todo lo divino y lo humano. Desde trabajos sobre el bandolero catalán Perot Roca Guinarda hasta una *Oda* estupenda dedicada al poste telegráfico. Riquer en su juventud se movía entre la erudición y el vanguardismo desenfrenado. Muy pronto, Riquer descubriría dos lugares maravillosos: *la sala cervantina* de la Biblioteca de Cataluña y el Ateneo. Además de la erudición, de la creación poética, Riquer en su juventud cultivó el teatro: *El triomf de la fonética* y *Spinoza i els gentils*.

A partir de 1936 comienza a trabajar en el servicio de recuperación de la Generalitat, con escapadas a Viladrau donde recordaba que estaba la familia Goytisolo. Pasado al Gobierno de Burgos, formó parte de los requetés del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat como locutor de trinchera. Herido al final de la guerra, perdió un brazo, que, sustituido por uno de madera terminado en un guante de piel negra, manejaba con gran habilidad y con rotundos golpes en la mesa de clase. A partir de entonces, Riquer escribía con la mano izquierda y con dos máquinas de escribir a la vez (una para texto y otra para las notas).

Riquer nunca iba de veraneo, se quedaba en casa trabajando, primero en la amplia casa de Camelias y posteriormente en el piso-casa de la calle de Rosario. Como un personaje escapado de *Tres sombreros de copa*, Riquer sostenía que no había que ir al campo porque «estaba lleno de moscas». La verdad es que el doctor Riquer, como siempre lo llamábamos siguiendo la costumbre catalana, era un hombre extraordinariamente trabajador, basta consultar su bibliografía, pero también extraordinariamente divertido. Le gustaba sorprender al auditorio tratando cosas extrañas con gran seriedad: como buen ateneísta, podía pontificar un buen rato sobre don Sinibaldo de Mas y cuando un interlocutor le hablaba de *El arte de criar gallinas*, Riquer aducía más ejem-

plos que certificaban que conocía a la perfección la obra completa de don Sinibaldo. Cuando le preguntaban por su excelente salud, Riquer respondía que se debía a que fumaba desde los doce años (un tabaco horrendo) y, también, a que nunca había hecho deporte.

En 1947 publicó su excelente edición de *El Tirant*, cuya lectura maravilló a Mario Vargas Llosa, como él ha narrado con tanta emoción y que llevaría posteriormente a la publicación conjunta de *El combate imaginario*. En esas mismas fechas ya había terminado su completa edición del *Tesoro* de Covarrubias y recordaba siempre las cajas de zapatos que contenían el léxico del *Tesoro*.

A la vez que trabajaba en estas labores, se preocupaba por la poesía de los trovadores (preocupación y ocupación que le interesó toda la vida –aquí es imprescindible recordar el prólogo de Pere Gimferrer–) y, mientras, redactaba su tesis sobre March.

Nuestro académico dirigió obras de la complejidad de la Enciclopedia Bompiani, también la Larousse de Planeta, editorial en la que fue responsable de la colección de clásicos y en la que vio la luz una voluminosa historia de la Literatura redactada junto con José María Valverde. Escribió también los inicios de una *Historia de la Literatura Catalana*, y libros hermosos sobre heráldica o armamento medieval. Riquer era hombre de intereses amplísimos: desde Proust o Dickens hasta *El paso honroso* o las *Lletres de batalla*; con un amor siempre constante por Cervantes y por *El Quijote*.

Vivió conectado con su realidad, con el mundo de los problemas, como sucedió con su informe sobre el catalán. Hace muy poco hemos conocido a través de nuestro *BILRAE* su correspondencia con María Rosa Lida y con Yakov Malkiel, editada cuidadosamente por su hija Isabel, que muestra facetas interesantísimas de los tres investigadores.

Fue Martín de Riquer un maestro maravilloso, ejemplar, dedicado, sabio, humano. Se acaba la lista de adjetivos por necesidad textual, pero no por las calidades del profesor. Enseñó a leer y a querer la Literatura, basta recordar el establecimiento de sus campos, sin límites de lenguas ni de épocas; daba igual el provenzal, el francés antiguo, el catalán, el italiano o el español en épocas diferentes y en historias diversas. Con don Martín se podía saltar de una obra de Cervantes al *Victorial*, de las reinas viudas de Barcelona, tres, a Bernat Metge (*Lo somni* había sido su primera admiración como lector) o a

un poeta valenciano, por no citar la *Chanson de Roland* o los poemas de un poeta provenzal. La Literatura, con mayúscula, alcanzaba toda su grandeza cuando la voz del maestro, impresionante, acompañada de un golpe seco del brazo ausente, seguía con la lección que se había iniciado en la puerta de la clase. Riquer, envuelto en su abrigo de color indefinido, tal vez ala de mosca, empezaba a explicar su lección al entrar en el aula. Tampoco se podía perder un minuto cuando, en momentos políticos muy difíciles, en el encierro del convento de los Capuchinos, nos reunía a los profesores amigos para decirnos que había que sacar a su anciano profesor, el Dr. Jordi Rubió, de la Comisaría de la Via Layetana. Siempre tuvo lecciones de un maestro que al final de su época docente actuaba como discípulo de su admirado profesor. El Dr. Rubió salió de su antigua casa y la alegría de Riquer no tuvo límites. Su firma acompañó, sin pregunta alguna, a avales de personajes considerados peligrosísimos sin comillas y cuando faltaba algún elemento imprescindible decía: «Vete a casa de Luys Santa Marina y que te dé su carnet de Falange».

Sabio, erudito, persona humanísima y familiar era don Martín, del que siempre quedará un magnífico recuerdo. Había escrito artículos y reseñas en *Revista*, en *Destino* y en todas las grandes revistas de Filología de la Rumania. El doctor Riquer fue un magnífico profesor, que enseñaba las materias más diversas (provenzal, francés antiguo, literatura catalana o española...) con completa naturalidad, casi sin notas al inicio de su docencia y sin ninguna cuando yo tuve el privilegio de ser su alumno. Se apoyaba siempre en los textos y saltaba, como le había aconsejado Vossler, de una literatura románica a otra a velocidad increíble. Todo en Riquer era rápido, agudo, inteligente. Dotado de una memoria prodigiosa, Riquer nos enseñaba a desconfiar de todos los datos anteriores y a empezar dudando cualquier investigación. Fue un maestro ejemplar al que todos sus alumnos hemos intentado imitar dentro de nuestra natural modestia. El doctor Riquer hizo de la amistad un auténtico culto y lo mismo de su fidelidad a los maestros; supo defender con gran valentía a sus alumnos en momentos muy difíciles.

Riquer, como diría Nebrija, abrió tienda de muchas ramas distintas: las literaturas románicas, lo que supone decir toda la Filología Románica del siglo xx, incluso en los campos más recónditos. la historia, la heráldica comparada, el estudio del arnés del caballero, porque todas estas ramas pertenecen a la misión clásica de la *grammatica storica* medieval, que permite la

comprensión de un texto desde todos los puntos de vista. La obra de Riquer sorprendió por «su amplitud de investigación» a María Rosa Lida (Cf. *Epistolario*, p. 124). La investigación del profesor Riquer es netamente positivista en lo más valioso que el positivismo tiene en la actualidad, pero no es el positivismo frío y mecánico como el de aquellos señores germánicos que vemos retratados en los manuales de la historia de la Filología Románica, sino un positivismo que me atrevería a denominar con el término de positivismo «mágico», que, como el realismo al que copio, nos permite analizar otras realidades, segundas realidades que están debajo de las apariencias de las primeras lecturas, con una visión completa de todos los elementos que permiten una integración de saberes para el pleno disfrute del texto.

Riquer no se limitó a encerrarse en una torre de marfil, sino que acudió a todos los congresos de literaturas Románicas y fue importantísimo en la creación de la Asociación Rescenvals. En la sociedad cultural catalana fue el conservador en momentos de grandes dificultades de la Acadèmia de Bones Lletres, de la que fue Presidente y por la que luchó denodadamente para su salvación (cf. *Diccionari biogràfic...* s.v. Riquer i Morera).

Fue profesor de don Juan Carlos en la época de su juventud y contribuyó sin ninguna duda que el futuro Rey tuviera una visión integradora de las lenguas y las literaturas de España. En las Constituyentes, Riquer aceptó a ruegos de Su Majestad ser senador real y con su aceptación y su espíritu de concordia supo contribuir a la construcción de una España democrática.

Su investigación comenzó por la Literatura Catalana en el año 1933; artículos de investigación y ediciones de textos fundamentales; le preocupaba el Humanismo y también la edición de los textos de Jordi de Sant Jordi y Pere Torruella (Lola Badia, *et al.*, 2014).

En los años duros de la postguerra española existía un desierto en el campo de los elementos instrumentales para la investigación filológica. La publicación del *Tesoro* de Covarrubias fue un auténtico acontecimiento. Porque el texto, sabiamente organizado por Riquer en las siete cajas de zapatos ya citadas, suponía una ayuda cierta para la aproximación filológica. Se iniciaba con esta publicación un camino que permitía acercarse con seguridad a la lectura acertada de los textos clásicos. Este camino que seguiría la edición suiza del *Diccionario* de Corominas, luego mucho más completa en la edición de Gredos con la colaboración de José A. Pascual, y del facsímil

del *Diccionario de Autoridades* en un terreno en el que solo existía el Diccionario académico de 1939.

En estos años Riquer edita a Guevara y abre el camino de la investigación cervantina con su trabajo «Echar a galeras y el pasaje más oscuro del *Quijote*»; un año antes se había sentido atraído por el misterioso Lorenzo Franciosini, traductor de Cervantes y del que nada sabemos hoy en día. En el año 1944 Riquer publica su edición de *El Quijote* de Juventud, inicio de una serie de publicaciones cervantinas que culminan en el libro *Para leer a Cervantes* (El acantilado, 2003), que cierra con la emocionante dedicatoria a su esposa María Ysabel la etapa de investigación de don Martín.

En el año 1945 inicia la publicación de Juan Boscán y del trovador Cerverí de Girona, al que tantos esfuerzos dedicó el maestro Riquer. En 1947 ve la luz la edición del *Tirant* de la Selecta; esta publicación fue el inicio de otros estudios y de otras ediciones, como la versión castellana del *Tirante* en Clásicos Castellanos. Nunca se ponderará la importancia que para la historia literaria tuvo esta edición de 1947. Estas ediciones de Riquer posibilitaron la difusión de los textos y el inicio de trabajos de investigación y de reuniones de profesionales en su estudio.

Siguió don Martín con su trabajo de edición en 1949 con textos fundamentales como son la edición de *El Corvacho* y de *La Yliada en romance* de Juan de Mena. Esta época de cambio de década trae, además, la apertura de nuevos intereses en el mundo riquieriano de la Romanística junto con sus brillantes oposiciones a la cátedra barcelonesa titulada «Historia de las Literaturas Románicas y Comentario estilístico de textos clásicos y modernos». En 1952 publica en Gredos *Los cantares de gesta franceses (sus problemas y su relación con España)*. No era habitual, ni lo es tampoco ahora, la publicación de un libro de más de cuatrocientas páginas sobre un tema tan básico y apasionante en el mundo de la investigación europea.

No descuida Martín de Riquer la edición de textos fundamentales para la historia de la literatura española, como es su edición de *El caballero Zifar* (1953) y en 1969 su edición de *La Celestina* y *Lazarillos*, en esta última va a aparecer el texto de Juan de Luna, figura tan importante para la enseñanza del español a extranjeros en la época clásica.

En 1963-1968 Barcino publica en la colección *Els nostres clàssics* tres volúmenes titulados *Lletres de batalla, cartells de deseiximents i capítols de passos d'*

armes. Un mundo nuevo se abría ante los ojos de los lectores; textos extraños, no habituales en su redacción, componían el marco de este mundo caballescico habitado por personajes de los libros de caballerías en una vida real en una sociedad muy diferente. Es el mundo del discurso de ingreso de Riquer en la RAE, *Vida caballescica en la España del siglo XV*, 1965.

En estos momentos de la década de los sesenta (1964-1966), Riquer logra poner fin a los tomos iniciales de su *Història de la Literatura Catalana*, obra que supone un firme desarrollo en esta investigación, que va a continuar los trabajos de su maestro el Dr. Rubió en la *Historia de las Literaturas Hispánicas*, que había coordinado Díaz-Plaja. La segunda edición corregida de la *Història* es de 1980.

Ya en la RAE, Riquer pronuncia en el 5 de noviembre del año 1967 el discurso de recepción de Guillermo Díaz Plaja *La dimensión culturalista en la poesía castellana del siglo XX*. Ambos eran muy amigos y pertenecían, igual que el Padre Batllori, a la misma generación de intelectuales catalanes. Díaz-Plaja y Riquer participaban en la misma tertulia en Barcelona, «la tertulia de los savis», como han narrado Cristina Gatell y Glòria Soler.

En este breve recorrido por la extensa obra de Martín de Riquer es obligatorio detenerse en el texto de 1972 *El combate imaginario. Las cartas de batalla de Joanot Martorell*, en colaboración con Mario Vargas Llosa. Con diversos motivos, he contado varias veces en esta casa la admiración y el respeto que don Martín tenía por nuestro académico, tal como tenemos todos nosotros.

Muchos de los académicos hemos sido alumnos de don Martín y le debemos gran parte de nuestra formación académica. Le debemos en primer lugar el respeto al alumno y a su formación, le debemos también una visión del hecho literario no anclado en una lengua ni tampoco en una época; también el gusto por la lectura y una visión del texto como un mundo de dificultades. También la necesidad de dudar de los datos que aparecen al comienzo de una investigación, sin dar una aceptación inicial a todo lo recibido.

Hoy es 23 de enero, la Iglesia celebra una fiesta dedicada a San Ildefonso en el día de su muerte, a don Martín, dado a las leyendas, le gustaría que aprovecháramos la festividad para recordar la casulla milagrosa del santo entregada por la Virgen María, que no se sabía de que color era; era de color indefinido, como el abrigo que traía él a clase y que querían cam-

biar en su casa. A don Martín le encantaba contar que el zapatito de Cenicienta en su origen era *vair* (<lat. *varius*), ‘multicolor’, ‘maravilloso’ y al monoptongar ai>e (*verre*) pasó a ser de cristal. Nunca en su origen el zapato de Cenicienta fue de cristal, sino ‘multicolor’, como la casulla que había traído la Virgen María a San Ildefonso. El color indefinido es en la lengua antigua un color *vero* (lat. *varius*), como los ojos de la muchacha en la canción tradicional... «Vuestros ojos bellos, tanto son de veros...» o como la sotana del dómine Cabra, que se dudaba si era de cuero de rana o, simplemente, era ilusión.

Ilusión ha sido traer esta tarde a la figura y la obra del profesor Riquer y pensar que su recuerdo «descomunal» cabía en diez minutos.

Muchas gracias.

JOSÉ MANUEL BLECUA
Real Academia Española